

ENTRECORTADAS NOTICIAS DE AMERICA

Fr. Bernardino de Sahagún, Hablan los aztecas. Barcelona, Tusquets, Círculo de Lectores, 1985.

En medio del entusiasmo americanicista que empieza a invadirnos, a cuentas del famoso "Quinto Centenario", nada hay que presentifique mejor la confusión de los cinco pasados siglos de hispanidad, y pregone tan claro el oportunismo del renovado hispanismo de estos días, como las nuevas colecciones de escritos americanos y crónicas de Indias que, día a día, amplían su espacio en las mesas de exhibición, y empujen a los reseñistas a perpetuar ignaras gacetillas.

Frágil como es la hispánica memoria, empieza a descubrir ahora títulos que llevaban décadas circulando (o carcomiéndose, a veces, en librerías de viejo), en ediciones íntegras, baratas, y no mal presentadas (gran parte de la serie negra de la colección "Austral", por ejemplo), a reinventar antologías alicortas y cojitranças, cuando ya las había completas y bien enmarcadas (la ejemplar, por un caso, de Nicolau d'Olwer, titulada Cronistas de las culturas precolombinas, con varias ediciones en FCE), y a recortar y antalogar obras monumentales so capa de su magnitud, cuando otras editoriales hispánicas (Porrúa, por ejemplo, que está bien distribuida en España, a pesar de ser mejicana) no tuvieron empacho en publicarlas íntegras y en edición rústica.

Es cierto que, salvo en contados casos, tales ediciones venían desprovistas de introducciones enmarcadoras y notas orientativas, para que el desnortado lector español (tanto el especializado, como el simple amateur) sepa apreciar a fondo y situar lo que tan antañones escritos quieren comunicarle de ese allende los mares, tan ignorado

aquende. Pero, también es cierto, que a veces las introducciones añadidas ahora a textos largamente conocidos, no sólo no ilustran, sino que sirven más bien para equivocar al lector bisoño en lides americanistas, que se entrega al audaz semisaber del pregonado prologuista -tal es el caso de la introducción a los Naufragios de Cabeza de Vaca (edición de Ha. 16) perpetrada por un tal Roberto Ferrando, que no coloca ni una sola tribu norteamericana en su sitio, y confunde los nombres de varias, tanto en el texto, como en un mapa que, para mayor inri, añade.

A nadie más que a los etnólogos españoles hay que culpar el hecho de que, por su desidia en un tema que tan directamente les concierne como materia propia, las crónicas de Indias y el estudio de las culturas precolombinas sigan en manos de historiadores carentes de perspectiva comparatista (los llamados americanistas), y de literatos que sólo saben extraer del material americano la guinda baratamente ensayística, cuando no la croniquilla poetizante, a lo Galdeano.

El intento efectuado hace algunos años por Carmelo Lisón, de recuperar para la etnología la materia de las Indias, quedó sin émulos ni posteridad, seguramente debido a su caos expositivo y a la inverosimilitud de su tesis. Entretanto, a los americanistas no deja de llenárseles la boca con la palabra etnología -a veces ni siquiera mera ethnohistoria, como si todo se redujera a citar tribus americanas caóticamente, a hablar de altas y bajas culturas, a reclamar prioridades (vacías) en el tiempo, y, claro está, a no entender lo que en América se coció, ni como una aculturación fallida, ni como una expansión del modelo urbano mediterráneo, cuya manifestación en el laboratorio cultural americano pudiera servir para comprender los fracasos aculturativos intraeuropeos, y concretamente intrapeninsulares.

Este hablar a boca llena de lo que se cree dominar sin comprender resulta perfectamente coherente con el estilo triunfalista con que ese espejo de americanicistas que es Ballesteros Gaibrois ha encarado su gestión al frente de la colección "Crónicas de América", de Historia 16, en la que pretende, según propia fanfarronada, publicar "todas las crónicas de Indias". Largo nos lo fía, y desde luego para el 92 no veremos al ritmo actual más de 100. Entre las que no parecen ir a estar, crónicas tan importantes como la de Cíbola, de Castañeda de Nájera, ni tan estrambóticas como las Noticias de la Nueva España, de Suárez de Peralta, mientras se repiten -con introducciones que tampoco añaden nada nuevo- títulos reeditados hasta la saciedad, en todo tipo de ediciones, como las Cartas de Relación, el Diario de Colón, la Verdadera historia, o la Crónica del Perú, de Cierza.

Una sola cosa encuentro alabable en el plan de publicaciones que de dicha colección se anuncia en las solapas, y es la edición a precio asequible de la Nueva Cronica, de Huamán Poma de Ayala, hasta ahora sólo disponible al precio de 14.000 ptas. en s.XXI. Por lo que hace al restante, resulta difícil entender que se halla tirado entre los primeros volúmenes de la colección la poca significativa e indigesta Conquista de Itzá, de Villagutierra, mientras esas dos sumas de crónicas que son la Apologética Historia y la Natural historia de Indias (cuya ausencia no se subsana con el Sumario, que en verdad no es tal sino una especie de "survey" de historia natural) permanecen vergonzosamente arrinconadas en la BAE.

Por cuanto hace al libro que formalmente embarga estas consideraciones, la colección en que se incluye adolece de achaques distintos, perfectamente coherentes con los ya dictaminados: hacen en esta "Biblioteca del Nuevo Mundo" su agosto, al parecer, los intelectualillos e

intelectualazos de Ultramar, dejándosele curiosamente al único etnólogo del cartel -Darcy Ribeiro- la presentación de un tema que sólo le incumbe como brasileño, pudiendo haber hecho una magnífica selección de crónicas amazónicas, que de salir, seguramente acabará encomendándosele a Jorge Amado.

No sé lo que Vargas Llosa puede saber de las crónicas incáicas -poco y mal, a juzgar por su actuación de árbitro con los indios de Uchuraccay- que forman el tercer título de la citada colección. Lo cierto es que Emir Rodríguez Monegal no lo pudo hacer peor con su selección de Noticias secretas y públicas de América, ni Juan Rulfo (que, sin embargo, presume de antropólogo, y trabaja en el INI mexicano) decir menos sobre Bernardino de Sahagún, en su introducción a Hablan los aztecas.

Ambos libros padecen por igual el síndrome del tea-table book que parece presidir la colección, pero si en el primero -descontada por supuesto la lujosa presentación- la selección de textos sufre por comparación con el precedente de Nicolau d'Olwer -cuya labor antológica, con no ser buena, queda comparativamente elevada a las nubes-, el florilegio de la Historia General de las cosas de la Nueva España y el Codex Florentinus, que supone el segundo, no puede colmar al lector culto ni ayudar tampoco a superar sus carencias al ignorante: como libro de mesita de centro, mejor hubiera hecho reduciéndose a los preciosos dibujos del códice; como introducción de legos sabe a poco a los lectores leídos, y ahoga aún a los ignorantes. Luego dirán que los secretos ya no se guardan en libros abiertos, como en los tiempos de Azaña.

Alberto Cardín